

profundamente originales, poetas. Sed tal cual sois y no os costará encontrar un nuevo metro, una nueva cadencia».

¿No sería esa la ocasión más feliz para mostrar el señor Vincenzi su originalidad nativa?

Aquí de mi Emerson, hijo intelectual de Platón y de Séneca. Recordemos aquí palabras de su ensayo *Confianza en sí mismo*, que la juventud de América debería saber de memoria. Ese ensayo liberó el genio de Walt Whitman.

«Hay una época en la educación de cada hombre en que llega a la conclusión de que la envidia es ignorancia; la imitación un suicidio».

«Nada es sagrado, finalmente, si no es la integridad de nuestra propia alma». «Ninguna ley puede ser sacra para mí, si no es la de mi naturaleza». «... el grande hombre es aquel que en medio de la muchedumbre conserva con gentileza la independencia de la soledad».

Luego ¿no es original el pensamiento del señor Vincenzi? Pues ya lo creo que sí. ¿Acaso no dije ya que los plagiarios no existen, puesto que la identidad no existe? Todos los hombres podemos repensar los ajenos pensamientos, que, después de todo, no son nunca ajenos. Cuando la expresión ajena no deja satisfecha nuestra ansiedad de expresión, es de cobardes no lanzarse en su busca. Pero cuando hallamos la belleza aliada a la sabiduría, y es la profundidad luminosa, jóvenes de América, haced vuestro ese tesoro. Su presencia tendrá, en la soledad creadora de vuestra alma, la hechicera virtud del filtro que produce, por serena decantación, el imperecedero gránulo filosófico que nos revela nuestro propio genio.

Y no toméis en serio a este joven filósofo cuando os dice mal de la erudición! Los asnos—dice mi bien amado Heráclito—desprecian el oro y se contentan con los desperdicios. Tal pasa, es verdad, a no pocos eruditos. Mas a ningún hombre de genio daña la erudición. La originalidad hace de la erudición lámpara reverberante que ilumina su obra. La mediocridad la lleva en espaldas, como peregrinos mercantes, para mostrarla en las ferias.

Ni le déis crédito cuando os dice que «el yo es multiplicidad». Porque esa es enseñanza de la psicología de Ribot que ya muy pocas gentes pueden aceptar. Es la confusión de los estados de conciencia, transitorios, mudables, con la conciencia permanente de que se es uno mismo.

El progreso implica dos cosas: algo que cambia y algo que permanece. Si nada permaneciese no habría progreso, sino infinita sucesión de aparien-

cias y disoluciones, sin sustancia alguna, sin intrínseca relación alguna.

Preguntadle si en su opinión, realmente, sólo es original la novedad. Si os declara que así es, replicadle lo que Landor a quienes acusaron a Shakespeare de no ser original: «Fué más original que sus originales. Sopló sobre cadáveres y les devolvió la vida».

Pero si os respondiese que se es original cuando se es sincero, creedle y aplaudidle. La novedad puede nacer de nuestra ignorancia, podemos ignorar quién vió, quién sintió, quién concibió primero que otro. Pero no pode-

mos dejar de saber que así vemos y sentimos y concebimos nosotros en este instante de nuestra vida.

Creedle cuando os diga que posee un hermoso talento filosófico, cuando os hable de sus altas y generosas aspiraciones en relación con la juventud de nuestro Continente, cuando os muestre el flamante carro de triunfo en el cual pasará por América, cuando os enumere las gentes que le admiran, y las que le estiman, y las que le quieren. Creedle, sobre todo, si entre éstas aparece

R. BRENES MESÉN.

Syracuse, N. Y., 18 de enero de 1923.

El modelo nuevo de mundo: el 1940

HENRY Ford es uno de los hombres más populares no sólo en los Estados Unidos sino en muchas otras partes del mundo. Es el constructor del tipo más barato de automóvil y esto lo ha hecho universal. Pero no es el automóvil «Ford» su único prodigio industrial, ya realizado, ni sus proyectos se limitan a la construcción cada vez más abreviada y cada vez más barato, de esa misma máquina.

El periodista Frazier Hunt habló con él hace poco, y con los datos que obtuvo de aquella conversación, escribió un artículo en el «Hearst's Magazine». He aquí las principales ideas de este artículo:

—La fe es la gran cosa. Pero la fe en el éxito cuando se trabaja para hacer el mayor bien al mayor número de hombres. Con esta fe, se podrá organizar un mundo mejor; un modelo nuevo que podemos llamar el modelo 1940.

Quien así hablaba era Henry Ford, pero sus palabras parecían el eco de las palabras de otro grande hombre: Mahatma Ghandi, quien hace un año, en un pequeño cuarto desnudo de adornos, en Cawnpore, India, me habló así: «La fe es todo. ¡La fe quebrantará entre nosotros la fuerza del Imperio Británico. Nos devolverá nuestro viejo mundo sencillito: nuestro mundo secular. La fe, la confianza en nuestra revolución espiritual, libertará a nuestro pueblo».

Y ahora quien hablaba un lenguaje parecido, era Henry Ford, el genio de la mecánica. Sólo había una diferencia: Ford ponía los ojos de sus esperanzas en un mundo distinto del que Mahatma Ghandi imaginaba. Ford pensaba en un nuevo mundo mecánico.

Extendió su larga y delgada figura, y apoyando la parte posterior de la cabeza en las palmas de sus manos enlazadas, continuó diciendo:

—Hay que tener fe e ir derecho a la

meta; a la finalidad señalada de antemano. Lo que importa es el impulso espiritual. ¿Qué nos mueve a obrar? ¿El mayor bien para el mayor número? Entonces toda va por buen camino. Todo tendrá éxito. El único hombre que se ve detenido es aquel que no sabe a dónde va. El que marcha rectamente, siguiendo la dirección de su propia nariz, ese llegará, al fin, a donde se propone.

En aquellas palabras estaba condensada la filosofía laboriosa de un hombre a quien el mundo conoce como el constructor de los automóviles más baratos.

—Vivimos, continuó diciendo, en una época nueva, en la que vamos a necesitar balanzas nuevas para pesar las cosas. Se anuncia la llegada de un mundo distinto, o mejor dicho, un nuevo tipo de mundo.

Hace veinte años, Henry Ford planeó un modelo nuevo de automóvil para 1922. Hace dos décadas que se propuso construir el mejor automóvil que fuese al mismo tiempo el más barato. Se propuso, además, llegar a construir un millón o más por año; y pagar a los obreros y demás empleados salarios decentes, con los cuales estuviesen en aptitud de vivir confortablemente. Se propuso también abrir para el agricultor, entonces esclavizado por su campo, una era de libertad, rompiendo las cadenas de su esclavitud.

Y Ford ha realizado todo lo que se propuso. Hace diez años pensó que un tipo de tractor barato ayudaría al labrador a desprenderse de la garra con que la tierra lo sujetaba, de la misma manera que el automóvil barato había prestado grandes servicios de parecida índole. Así, pues, había que hacer un tractor barato, a fin de que el labrador no recurriese ya a los caballos, pues éstos, en la época en que se suspende el trabajo campestre, consumen en pasturas y granos una parte